

*Plaza pública*

para la edición del 14 de junio de 1995

## Nuevo arzobispo

Miguel Ángel Granados Chapa

Signo del relevo generacional en la Iglesia católica en México: don Norberto Rivera Carreras, el nuevo arzobispo primado en nuestro país nació en 1942, el mismo año en que el cardenal don Ernesto Corripio Ahumada, a quien sustituye, fue ordenado sacerdote. Pero su nombramiento implica una señal más importante aún: refleja el poder del embajador del Vaticano, don Jerónimo Prigione, que muchos creímos menguante.

En efecto, la breve carrera del nuevo arzobispo en el gobierno eclesiástico está directamente vinculada al Nuncio Apostólico, cuya larga permanencia en México le ha permitido modelar un Episcopado, si bien no a su imagen y semejanza, sí acorde con su propia idea de la política, tanto la de tejas arriba como la de tejas abajo. Por esa razón, a diferencia de lo que ocurrió en ocasiones precedentes, no ha sido promovido al mando de la principal arquidiócesis de México un prelado proveniente de otras circunscripciones de esa categoría, sino alguien relativamente nuevo en el orden episcopal.

Monseñor Rivera Carreras llegó a ser obispo, de Tehuacán, hace apenas diez años. Su diócesis no cuenta entre las más significativas de la república, ni por su extensión, ni por los centros de devoción que comprende, ni por la piedad de sus feligreses, ni por la

tradición o la modernidad de sus prácticas. De modo que su experiencia como autoridad no lo ha calificado especialmente para el nuevo cargo.

Muy otro fue el caso de sus dos antecesores inmediatos, que fueron ungidos primados como coronación de una fecunda y vasta carrera eclesiástica. La biografía de don Miguel Darío Miranda y Gómez, que rigió a la arquidiócesis capitalina durante 19 años (de 1956 a 1977) incluía su participación en el conflicto religioso de los años veinte. Obispo de Tulancingo desde 1938 a 1956, en este último año se le designó auxiliar de la arquidiócesis gobernada entonces por don Luis María Martínez, que de ese modo preparó su propia sucesión.

Afectado ya por la reforma canónica que impuso la renuncia de los obispos al cumplir 75 años, el señor Miranda y Gómez, nombrado cardenal en 1969, se retiró en 1977 (y sobrevivió hasta 1986). Lo reemplazó el arzobispo de Puebla, Corripio Ahumada, quien no sólo había gobernado esa importante arquidiócesis (si bien por breve tiempo) sino también la de Oaxaca y había sido obispo de su natal Tampico (en una de cuyas escuelas primarias fue condiscípulo de Jesús Reyes Heróles, con quien coincidiría después, secretario de Gobernación este último, en la vida pública nacional).

Cuando el delegado apostólico entonces, señor Prigione, vino a México, se encontró ya con la sólida presencia y autoridad del cardenal, elevado a esa dignidad en 1979. Desde siempre, sus visiones sobre el papel de la Iglesia en nuestro país, y sobre las relaciones de la jerarquía eclesiástica con el gobierno los separaron,

al grado de que disputaron por obtener el primer registro a una asociación religiosa, una vez que el Estado reconoció personalidad jurídica a las corporaciones religiosas denominadas iglesias. Sacerdotes como don Antonio Roqueñí y don Enrique González Torres, en cuyo buen juicio descansó el cardenal especialmente en los años postreros de su gobierno, entraron en franca colisión con el Nuncio, en una demostración de la querrela entre éste y el cardenal, que por su propia naturaleza no podían hacer explícita ninguno de ellos.

La renuencia del señor Corripio Ahumada a que el embajador vaticano se convirtiera en el jefe de la Iglesia mexicana fue uno de los motivos de este diferendo, que explica a su vez la velocidad con que el papa Juan Pablo II aceptó la dimisión del cardenal. Igualmente, el prolongado lapso, de casi un año, que transcurrió desde ese momento hasta la designación del nuevo arzobispo, refleja la intensidad del esfuerzo desplegado por el representante del Papa para que prosperara su candidato.

Arzobispos y obispos dotados de una personalidad muy acusada, y dueños de una experiencia gubernativa de gran utilidad hubieran podido suceder al cardenal Corripio Ahumada. Es, señaladamente, el caso del cardenal Adolfo Suárez, cuya arquidiócesis regiomontana es tan importante, que posee el capelo púrpura y presidió la Conferencia Episcopal. Pero don Rosendo Huesca, de Puebla, o el actual presidente del Episcopado, don Sergio Obeso, de Jalapa, habrían estado también en condiciones de ocupar el trono que fue de don Juan de Zumárraga. Su carrera episcopal, sin

embargo, comenzó al margen de la influencia del Nuncio. No así la del hasta ahora obispo de Tehuacán.

Nacido en un pequeño poblado de Durango, hace 53 años, el nuevo arzobispo primado de México siguió una trayectoria cuyo santo y seña han sido la ortodoxia dogmática y la administrativa. En ejercicio de ellas se ocupó de clausurar un seminario que en su diócesis servía a las del sureste, y que había sido calificado de radical por el clero conservador. No fue casual, por eso, que después se le confiara una misión inspectora de los establecimientos de formación de religiosos, a fin de verificar la pureza de la doctrina que imparten.

Hombre sencillo, que prefiere viajar en autobús y en Metro, enfrentará el terrible desafío de una aglomeración urbana que, salvo excepciones, vive un catolicismo ritual, de dientes para afuera y cuyas tragedias cotidianas reclaman el auxilio de una espiritualidad que subraye lo perenne sobre lo contingente.

PLAZA PÚBLICA  
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

# Nuevo arzobispo

Hombre sencillo, que prefiere viajar en autobús y en Metro, enfrentará el terrible desafío de una aglomeración urbana que, salvo excepciones, vive un catolicismo ritual, de dientes para afuera y cuyas tragedias cotidianas reclaman el auxilio de una espiritualidad que subraye lo perenne sobre lo contingente.



**S**IGNO DEL RELEVO GENERACIONAL EN LA IGLESIA católica en México: don Norberto Rivera Carreras, el nuevo arzobispo primado en nuestro país nació en 1942, el mismo año en que el cardenal don Ernesto Corripio Ahumada, a quien sustituye, fue ordenado sacerdote. Pero su nombramiento implica una señal más importante aún: refleja el poder del embajador del Vaticano, don Jerónimo Prigione, que muchos creímos menguante.

En efecto, la breve carrera del nuevo arzobispo en el gobierno eclesiástico está directamente vinculada al Nuncio Apostólico, cuya larga permanencia en México le ha permitido modelar un Episcopado, si bien no a su imagen y semejanza, sí acorde con su propia idea de la política, tanto la de tejas arriba como la de tejas abajo. Por esa razón, a diferencia de lo que ocurrió en ocasiones precedentes, no ha sido promovido al mando de la principal arquidiócesis de México un prelado proveniente de otras circunscripciones de esa categoría, sino alguien relativamente nuevo en el orden episcopal.

Monseñor Rivera Carreras llegó a ser obispo, de Tehuacán, hace apenas diez años. Su diócesis no cuenta entre las más significativas de la república, ni por su extensión, ni por los centros de devoción que comprende, ni por la piedad de sus feligreses, ni por la tradición o la modernidad de sus prácticas. De modo que su experiencia como autoridad no lo ha calificado especialmente para el nuevo cargo.

Muy otro fue el caso de sus dos antecesores inmediatos, que fueron ungidos primados como coronación de una fecunda y vasta carrera eclesiástica. La biografía de don Miguel Darío Miranda y Gómez, que rigió a la arquidiócesis capitalina durante 19 años (de 1956 a 1977) incluía su participación en el conflicto religioso de los años veinte. Obispo de Tulancingo desde 1938 a 1956, en este último año se le designó auxiliar de la arquidiócesis gobernada entonces por don Luis María Martínez, que de ese modo preparó su propia sucesión.

Afectado ya por la reforma canónica que impuso la renuncia de los obispos al cumplir 75 años, el señor Miranda y Gómez, nombrado cardenal en 1969, se retiró en 1977 (y sobrevivió hasta 1986). Lo reemplazó el arzobispo de Puebla, Corripio Ahumada, quien no sólo había gobernado esa importante arquidiócesis (si bien por breve tiempo) sino también la de Oaxaca y había sido obispo de su natal Tampico (en una de cuyas escuelas primarias fue condiscípulo de Jesús Reyes Heróles, con quien coincidiría después, secretario de Gobernación este último, en la vida pública nacional).

Cuando el delegado apostólico entonces, señor Prigione, vino a México, se encontró ya con la sólida presencia y autoridad del cardenal, elevado a esa dignidad en 1979. Desde siempre, sus visiones sobre el papel de la Iglesia en nuestro país, y sobre las relaciones de la jerarquía eclesiástica con el gobierno los separaron, al grado de que disputaron por obtener el primer registro a una asociación religiosa, una vez que el Estado reconoció personalidad jurídica a las corporaciones religiosas denominadas iglesias. Sacerdotes como don Antonio Roqueñí y don Enrique González Torres, en cuyo buen juicio descansó el cardenal especialmente en los años postreros de su gobierno, entraron en franca colisión con el Nuncio, en una demostración de la querrela entre éste y el cardenal, que por su propia naturaleza no podían hacer explícita ninguno de ellos.

La renuncia del señor Corripio Ahumada a que el embajador vaticano se convirtiera en

Su nombramiento implica una señal más importante aún: refleja el poder del embajador del Vaticano, don Jerónimo Prigione, que muchos creímos menguante.

el jefe de la Iglesia mexicana fue uno de los motivos de este diferendo, que explica a su vez la velocidad con que el papa Juan Pablo II aceptó la dimisión del cardenal. Igualmente, el prolongado lapso, de casi un año, que transcurrió desde ese momento hasta la designación del nuevo arzobispo, refleja la intensidad del esfuerzo desplegado por el representante del Papa para que prosperara su candidatura.

Arzobispos y obispos dotados de una personalidad muy acusada, y dueños de una experiencia gubernativa de gran utilidad hubieran podido suceder al cardenal Corripio Ahumada. Es, señaladamente, el caso del cardenal Adolfo Suárez, cuya arquidiócesis regiomontana es tan importante, que posee el capelo púrpura y presidió la Conferencia Episcopal. Pero don Rosendo Huesca, de Puebla, o el actual presidente del Episcopado, don Sergio Obeso, de Jalapa, habrían estado también en condiciones de ocupar el trono que fue de don Juan de Zumárraga. Su carrera episcopal, sin embargo, comenzó al margen de la influencia del Nuncio. No así la del hasta ahora obispo de Tehuacán.

Nacido en un pequeño poblado de Durango, hace 53 años, el nuevo arzobispo primado de México siguió una trayectoria cuyo santo y seña han sido la ortodoxia dogmática y la administrativa. En ejercicio de ellas se ocupó de clausurar un seminario que en su diócesis servía a las del sureste, y que había sido calificado de radical por el clero conservador. No fue casual, por eso, que después se le confiara una misión inspectora de los establecimientos de formación de religiosos, a fin de verificar la pureza de la doctrina que impartían.

Hombre sencillo, que prefiere viajar en autobús y en Metro, enfrentará el terrible desafío de una aglomeración urbana que, salvo excepciones, vive un catolicismo ritual, de dientes para afuera y cuyas tragedias cotidianas reclaman el auxilio de una espiritualidad que subraye lo perenne sobre lo contingente.



## CAJÓN DE SASTRE

Otra nota episcopal: esta se refiere a don Samuel Ruiz, el activo obispo de San Cristóbal de las Casas, que apenas el domingo asistió a la conclusión de la tercera fase de las conversaciones de San Andrés, y a esta hora del miércoles está llegando a Alemania. Estará en Hamburgo, y luego viajará a España, donde participará en actos litúrgicos y académicos. Entre otras sedes de esas reuniones, cuenta de modo sobresaliente la catedral de Santiago de Compostela. A pesar de las reticencias a su mediación en el conflicto de Chiapas, si no fuera por su participación, no habría cita para el próximo 4 de julio.